

## **LA ECONOMÍA PERUANA: ¿Atrapada con salida?**

La deprimente coyuntura económica del país y el amenazador contexto internacional, por no hablar de la explosiva situación social y de los desencuentros políticos que se suceden a diario, vienen desencantando por igual a políticos, a analistas y a la bien informada ciudadanía que había votado por democracia y trabajo.

Excepción hecha de quienes gobernaron angurrientamente el país durante la década pasada, y que –cada día con más energía- se frotan alborozadamente las manos ante el promisor futuro que creen tener por delante regresando atrás.

### **La pesada herencia económica**

No está demás repetir que el principal compromiso asumido por el presente gobierno radica en generar empleo masivo y adecuado. Si bien durante estos primeros tres meses de gobierno se ha adoptado una serie de medidas ad hoc de reducido impacto- para generar trabajo, no cabe la menor duda que la principal ruta para hacerlo debería consistir en la reactivación generalizada de la economía a partir de una agresiva política macroeconómica. La dificultad estriba en la forma específica de promoverla, dadas las limitantes reales o aparentes que tenemos en frente. En tal sentido, a estas alturas serían mezquino pedirle al gobierno resultados contundentes, a no ser que se pueda demostrar que se han podido adoptar medidas eficaces para lograrlos a partir del verano entrante... al que parecería que llegaremos con una recesión peor que la actual y con temperaturas políticas de cuarentaiun grados Celsius.

Un apretado diagnóstico de los graves obstáculos –acumulados a lo largo del último lustro que dificultan la reactivación de la economía obliga a mencionar, cuando menos los siguientes: las altas tasas activas de interés, el elevado grado de endeudamiento (y morosidad) familiar y empresarial, el altísimo nivel de dolarización de facto de la economía y el pesado servicio de la deuda externa. A los que habría que agregar, obviamente, el paupérrimo poder de compra de la gran mayoría de la población, la languideciente inversión privada y el comprimido gasto público. A ello se suman las tremendas amenazas externas que podrán derivar en una crisis económica de proporciones globales, que no auguran el ingreso sustantivo de financiamiento foráneo y de inversión directa extranjera en el futuro cercano, a pesar de los éxitos alcanzados en la Mesa de Cooperación (Internacional)

Todas esas limitantes se vienen potenciando entre sí, generando un conglomerado de círculos viciosos entrelazados, de los que perecería imposible escabullirse.

### **Complicados círculos viciosos**

Las elevadas tasas activas de interés y la ausencia de sujetos de crédito impiden lubricar adecuadamente el aparato productivo, cuando menos por tres motivos: la demanda de crédito se mantiene baja por su elevado costo; los ofertantes del financiamiento no están dispuestos a entregarlo por los riesgos existentes en la economía; y el elevado endeudamiento interno tiende a

agravarse a lo largo del tiempo debido a las desmesuradas tasas vigentes. Con lo que se desalienta la inversión y el consumo privados, se mantienen altos los costos de producción y escaso el capital de trabajo, se sostiene los prohibitivos niveles de morosidad y se acrecienta la aversión al riesgo de los bancos, todo lo que frena cualquier posibilidad de reactivación.

En ese mismo sentido actúa la colosal dolarización espontánea de la economía, que persiste desde 1989, a pesar de la bajísima inflación y el reducido riesgo-país. Esa dolarización de facto de la economía obliga a mantener prácticamente fijo el tipo de cambio para evitar consecuencias indeseables, pero que a la larga agravan el problema. Lo que significa, de una parte, que la sobrevaluación del sol seguirá acrecentándose, no solo respecto al dólar, sino sobre todo en relación con nuestros socios comerciales latinoamericanos, con lo que continuará deteriorándose nuestra balanza de pagos externa, a pesar de la recesión doméstica que ha venido recortando perversamente nuestra importaciones. De otra parte, una devaluación razonable del tipo de cambio –para recuperar paridad – llevaría a la quiebra, no solo a las familias y a las empresas endeudadas en moneda extranjera y que perciben ingresos en soles, sino que acabaría con todo el sistema financiero. Y, como es evidente, esa cuasioligación de mantener de mantener el tipo de cambio fijo –en un sistema cambiario dizque flexible- frena aún más los estímulos que deberían ofrecerse a los exportadores no tradicionales y a los que sustituyen importaciones.

Todas ellas fuerzas adicionales que impiden alentar la producción agregada y la competitividad sistemática.

Ligado a lo anterior, el deterioro de las condiciones económicas y políticas internacionales continua deprimiendo los términos de intercambio y los diversos flujos privados de financiamiento externo (inversión en cartera, endeudamiento e inversión directa ). Lo que explica, en algunas medida, las tímidas medidas reactivadoras adoptadas por el gobierno hasta el momento, en especial en presencia de las amenazas de “contagio” de las crisis latentes en el continente.

El pesado servicio de la deuda público externa, que asciende a U\$\$ 2.000 millones anuales, absorbe parte importante del precario presupuesto público y que, por añadidura, representa una pesada carga adicional para la balanza de pagos, imposibilitando una expansión acelerada, aunque tempral, del gasto y la inversión públicas.

Finalmente, tanto el bajo poder adquisitivo de la población y el elevado endeudamiento público y privado, como los deprimidos precios de nuestras exportaciones ahogan la expansión sostenida de la demanda agregada. En esas condiciones vivimos en otro típico círculo vicioso en que la reactivación, a juzgar por la mayoría de expertos, no se podría alentar a través de las tradicionales políticas monetarias y fiscales contracíclicas.

¿Cómo romper estos recalcitrantes círculos viciosos para reactivar la economía en esta compleja coyuntura? ¿Basta un poco de sentido común para alentar la producción?

## **Las principales recetas**

A nuestro entender, la gran mayoría de economistas –equivocadamente- busca la solución a nuestros problemas económicos en los síntomas, por lo que sugieren una serie de analgésicos para acabar con la neumonía.

Para unos un “Shock de confianza” sería la medicina adecuada, para lo que el gobierno debería respetar las recetas del FMI, en especial, la “necesidad” de lograr un estrecho déficit fiscal del 1,6% y el relanzamiento agresivo de las privatizaciones-concesiones.

Gracias a ello, se alentarían las “expectativas” (de ganancia, se entiende) necesarias que permitirían el surgimiento –por borbotones- de las inversiones privadas, nacionales y foráneas.

Para otros, la prioridad debería asentarse en una reducción sustantiva de las tasas de interés (en que, incluso, se propone la fijación de topes máximos) y en la reestructuración de las deudas, pero que no disponen de los instrumentos adecuados para comprimirlas sustancialmente. La propuesta que más se menciona consiste en reducir la tasas de encaje a los depósitos en US\$, con lo que en teoría se podría ampliar el crédito, pero que en la práctica de ser válida la hipótesis de ser válida la hipótesis conduciría a una dolarización de facto aún mayor de nuestra economía.

En nuestro concepto, aunque suene de perogrullo, la reactivación de la economía es la única forma, no solo de generar empleo, sino de eliminar el sinnúmero de síntomas a los que hemos referido. Las tasas de interés, el grado de dolarización, las expectativas de devaluación y demás no bajarán hasta que no se reactive sostenidamente la economía. Lo que muchos consideran, con alguna razón, como un clásico problema del “huevo y la gallina”, en lo que sigue trataremos de convertirlo en un problema del gallo y la gallina... para que los huevos den los frutos esperados.

## **¿Qué hacer?**

La historia de las reactivaciones de posguerra en el Perú nos ilustra que ellas han provenido básicamente de impulsos exógenos, sea por una expansión deliberada del gasto y la inversión públicas sea por el incremento de nuestras principales exportaciones (por precio y/o cantidad), aunque también se han dado casos en que ambas se dieron juntas. Y, parafraseando a Rosemary Thorp, todos esos procesos “exógenos” de reactivación se dieron a pesar de las políticas fondomonetaristas adoptadas.

Es decir, esas dos variables fundamentales han servido siempre como catalizadores para señalar e impulsar la inauguración de un proceso de recuperación económica, cuya difusión permitió estimular consecuentemente el consumo privado, los “espíritus animales” de los inversionistas y los ánimos de préstamo y lucro de las financieras foráneas. Es esta, sin duda, una visión

chata del keynesianismo más burdo, pero que curiosamente ha venido renaciendo de las cenizas en estos últimos meses en muchas partes del orbe. Hoy, por lo señalado, no es posible –sino apenas marginalmente- adoptar medidas para alentar las exportaciones. También es iluso conseguir el financiamiento externo necesario para sufragar un crecimiento acelerado. Consecuentemente, no quedaría sino el instrumental convencional de política macroeconómica. Y, para los que creen en el modelo Mundell-Fleming, por la elevada dolarización y el tipo de cambio cuasi-fijo, los márgenes de acción de la política monetaria son mínimos.

En cuyo caso solo es posible aplicar políticas fiscales expansivas para reanimar la economía, en que se base monetaria se ajustaría endógenamente al proceso de expansión que las erogaciones del gobierno central alentarían. Y es aquí donde proponemos una sustancial expansión del gasto e inversión públicas para estimular la producción, aunque nos conduzca a un apreciable déficit fiscal de entre 3% y 3,5% del PBI para el próximo año. Con la reactivación resultante aumentaría la recaudación tributaria (más que el gasto público) y se iría bajando paulatinamente el déficit a niveles razonables, a fin de llegar al equilibrio con la culminación del presente gobierno y así asegurar la estabilidad económica y la permanencia de la democracia

Por lo demás, para impulsar el gasto y la inversión públicas, contamos con dos valiosos activos, tales como las bajas tasas de inflación y las altas capacidades de producción (si bien algunas ya están obsoletas). Pero, ¿cómo conseguir el financiamiento necesario para cubrir ese “gigantesco” déficit?

Las medidas tradicionales como la reducción de la evasión tributaria y el contrabando serán muy útiles, pero insuficientes. Se requieren medidas más innovadoras e impactantes por el lado financiero, las que se detallarán en nuestro número de diciembre.

### **Afrontando los peligros evidentes**

Ciertamente la reactivación por medio del gasto público tiene sus límites. Un alto déficit solo es sostenible por un año y hasta por dieciocho meses. Cuando se vaya copando la capacidad ociosa de producción y la restricción externa, habrá que ir regresando a la normalidad paulatinamente. De otra parte, tampoco se trata de realizar cualquier tipo de gasto o inversión pública. En todo caso, en tanto “la mujer del César también debe parecerlo”, es evidente que –por ejemplo- el Presidente no debió cobrar un sueldo igual al que percibe el de EE UU, que no puede seguir dando vueltas por todo el mundo con todo el mundo, que no requiere otro helicóptero, etcétera.

Otro peligro evidente es que la reactivación así implementada tropezará más o menos rápidamente con límites que fija el déficit externo, dada la inelasticidad de nuestras exportaciones y la imposibilidad de devaluar sustancialmente el tipo de cambio. Peor aún, desafortunadamente, a ello se llegará también por otro lado, dada la elevada propensión marginal a importar que caracteriza nuestra economía, con lo que es muy probable –encima, nuevamente, con un tipo de cambio fijo- que las importaciones de bienes y servicios se disparen (con respecto a las exportaciones), de manera que no solo tendríamos que endeudarnos crecientemente, sino que terminaríamos que endeudarnos crecientemente, sino que terminaríamos irresponsablemente con nuestras

valiosas reservas internacionales netas (que en la actualidad aún alcanzan sobradamente hasta por doce meses de importaciones).

En tercer lugar, como es obvio, tampoco se trata de por gastar, ni mucho menos de alentar el gasto improductivo o que no esté vinculado a un nuevo patrón de acumulación. La expansión de las erogaciones del Estado para reactivar la economía no son un fin en sí, sino el medio para restituir una economía autocentrada, que añada valor a los recursos naturales y que desarrolle ventajas comparativas dinámicas. Ello, a su vez, debería conducir – apoyada en una serie de medidas complementarias – a una mejor distribución, a una más equitativa distribución del ingreso, a crecientes encadenamientos productivos y, sobre todo, a crear las condiciones socio-políticas requeridas para asegurar la gobernabilidad, reconstruir las instituciones y sostener una democracia duradera. De manera que, en estas condiciones, es más difícil gastar adecuadamente, que como se pretende ahora –cortar el gasto público irracionalmente.

De lo anterior se desprende que, y cuanto antes mejor, se requiere desarrollar una serie de medidas adicionales de diversa índole para consolidar la reactivación y redirigir la modalidad de acumulación, tal como lo explicitáramos en varios números anteriores de AE. Finalmente, una vez que se haya reanimado la economía, el Banco Central en concertación con la banca privada deben asumir la responsabilidad de desdolorizar paulatinamente la economía, tal como figura explícitamente en el Plan de Gobierno de Perú Posible, lo que nos permitiría devolverle contundencia a nuestra política monetaria y, sobre todo, para posibilitar la devaluación paulatina del tipo de cambio, tanto para estimular acompañadas con medidas para elevar la productividad- nuestras ventajas comparativas dinámicas y la sustitución de importaciones, como para enfrentar choques externos negativos.

## **Concluyendo**

A tres meses de iniciada la gestión económica del presente gobierno, de seguirse el curso de las políticas adoptadas, ya es posible avizorar el precario horizonte que nos espera a lo largo del presente lustro. Sin duda, la estrecha visión del equipo económico y la aparente falta de propuestas reactivadoras también es consecuencia del aparato propagandístico desplegado durante los últimos diez años, en que nos machacaron eficazmente los Mandamientos del Consenso de Washington. Y todo lo que se oponga a ese Pensamiento Único, como sabemos es simple “populismo”. Quienes han difundido esas ideas, haciendo eco de las voces fondomonetaristas, han realizado su tarea a la perfección, a tal punto que no sólo políticos y periodistas sino que casi todos nuestros ciudadanos se han convertido al Credo Imperial.

A ese respecto, decía Keynes en esa memorable frase final de la Teoría General que, “tarde o temprano, son las ideas y no los intereses creados las que presentan peligro, tanto para mal como para bien”. Desafortunadamente, en lo que concierne al Perú, habría que reescribir ese célebre pasaje diciendo que aquí son las ideas de los intereses creados las que presentan el mayor peligro y las amenazas, como lo hemos experimentado en el pasado y, aunque todavía tímidamente, como se está repitiendo ahora.

A fin de cuentas, eso también nos lo enseña la historia: las ideas económicas dominantes son una racionalización de los intereses de determinadas fracciones internacionalizadas del capital. Y ahí radica hoy el principal obstáculo para aplicar una política económica que permita una reactivación sostenida a partir del próximo año. De manera que estamos advertidos si seguimos con al timidez y la seriedad del actual equipo económico: la deseada reactivación la presenciaremos, sin duda,... pero solo será nueve o doce meses ante de la elecciones generales de 2006, si llegamos a ellas.

Para terminar no habría que olvidar que una condición sinequa non para cambiar la política económica y el patrón de acumulación de manera que adquieran un "rostro humano", consistiría en la sustitución – de preferencia ipso facto- del simpático Ministro de Economía. Y esto es así porque tendremos que navegar sin el FMI, a no ser que se logre el milagro de convencerlo que un déficit del 3% es lo deseable para el Perú en el año 2002. Un buen reemplazo sería un profesional que esté en condiciones de remover los escollos mentales para adoptar una programa económico reactivador, concertado y políticamente sostenible. Creemos que esa es una de las precondiciones para romper tabúes como el del "excesivo gasto público" y, de paso, serviría –de considerarse indispensable- de considerarse indispensable- para negociar con el FMI y con los acreedores externos en los términos que nos conviene a nosotros y no a los acólitos de la gran institución de Bretton Woods.

Por lo demás, muy al margen, cabría preguntarse ¿dónde se ha visto que una economía nacional se puede conducir como se administra un banco transnacional? O ¿dónde se ha dado que algún miembro del Poder Ejecutivo mangonee aun Congreso democrático como el gamonal de antaño al campesino? Malas señales todas ellas. A las que habría que añadir la muy peligros a acusación que están repitiendo recientemente algunos miembros y voceros del régimen: que los políticos y periodistas críticos del gobierno -todos los que serían fujimoristas o les estarían haciendo el juego-vienen desestabilizando la democracia, impidiendo la gobernabilidad y asustando al capital extranjero. Es así como comenzaron todos las dictaduras y las dictablandas, aquí y en el resto del mundo.